

un mediano porvenir, lo cual no llegó, dice en son de queja, pues esperaba algo más de lo que la Compañía se dignó concederle. Por esta causa aceptaba solo las corridas que no le obligaban a faltar a su destino.

Nunca llegó a ganar de banderillero más de cuatro o cinco duros, a pesar de lo mucho que trabajaba.

Como torerillo pasó mil calamidades y contratiempos por los pueblos, de alrededor de Madrid, principalmente.

Trató siempre de ayudar a sus compañeros de fatigas, pero no siempre era comprendido. En una ocasión se ofreció a matarle un toro a otro y este le contestó lleno de vergüenza torera: «si yo me muero, nadie tiene que enterrarse por mí».

Alternó mucho con «El Mancheguito» y tuvo dura competencia en los redondeles con un hermano de este. Recordándolo se desbordaba su entusiasmo describiendo suertes, estocadas y ovaciones delirantes.

El año 86 toreó en Alcázar con «El Navajero» «célebre en el mismo punto» dice «Casitas» y con un tal Villarejo. Lo más destacado, es lo mucho que les hizo reír «El Navajero» a la hora de matar. Como siempre, según él, fué el mejor y quedó como las propias rosas. Un señor le echó un billete de 50 pesetas del Banco de España, por un par de banderillas que le brindó.

Al año siguiente «comenzó la temporada» con otra becerrada alcazareña, alternando con Juan Sarrión, «Puñalito», «El Navajero» célebre y otro valiente del lugar llamado Julián Alvarez. «Casitas» era primer espada y empresario, funciones que desempeñó en diferentes plazas con el resultado de no quedar en su casa ni para comer, después de infinitos trabajos, fatigas y disgustos en los que pasó, dice, «más que Jesús de Nazareno».

«Casitas» mimaba mucho a Sarrión, por lo que rendía en la taquilla a causa de lo que se reían con él.

Los años 88 y 89 fué solo empresario. Dice que le hubiera valido más seguir toreando sin cobrar, pues tuvo que dejarlo, completamente arruinado. En la última corrida de Alcázar llevaba un presupuesto de tres mil reales y no pudo desempeñarse de las trampas hasta últimos del año 90. Pero al año siguiente, el 91, fué nuevamente empresario en Alcázar con las mismas penalidades de veces anteriores, si bien a última hora logró triunfos artísticos en el Puerto Lápiche, que le compensaron moralmente de las amargurillas y más todavía aquel verso que el Barquero le

puso en el «Heraldo» con motivo de una fiesta a beneficio de la Asociación, de las varias que hizo en Madrid a favor de esta entidad.

«Dicen que es Vd. nuevo.

No, señor; yo no lo creo:  
usted es persona mayor  
en asuntos del toreo».

El año 1896 al final de la temporada dió, por terminada su vida torera, después de una fiesta en Munera, donde toreó al alimón con «Mancheguito» y recibió dos puntazos. Había matado 41 toros en total.

Todavía reincidió en varios festivales por afición, en Madrid, Albacete, Alicante, Alcázar y Aranjuez, donde el año 1898 se juntaron en la plaza 14.000 espectadores para verle. Los billetes desde Madrid los pusieron a peseta.

Su última actuación fué en Alcázar, el 6 de agosto de 1899, en una función organizada por los dependientes de comercio, en donde «Naranjito» quedó para no volver y D. Antonio en lugar de dirigir tuvo que convertirse, dice él, en torero, con obligaciones y poner banderillas.

Hombre de mundo, termina filosofando su vida taurina, viendo que los aficionados recurren a él para que dirija y no para que toree, con obligaciones. Esto me honra mucho, dice, pero demuestra que voy siendo viejo. Cuando llega el hombre a tener nombradía y se le confían cargos honorarios, es una prueba de que las facultades se le van acabando.

Todavía vivió 20 años, pero ya no anota más que los anticipos que iba recibiendo y los débitos que adquiría para sostenerse en la vida.

Vivió en Alcázar desde noviembre de 1884 y murió el 9 de octubre de 1920, a los 58 años de edad.

Para el conocimiento del hombre y del ambiente que engendró, debe observarse que sus inclinaciones primeras no tenían el vigor que su padre decía, puesto que encontró en Madrid el más adecuado medio, del cual fué una prolongación nuestro Paseo, y sin embargo no cuajó. A lo largo de su actuación se ve el predominio que tiene la atención a su plaza de ferroviario sobre su amor al arte, lo que significa desconfianza en sí mismo.

Su majeza señoril empieza con su llegada a Ministriles. No usó coleta, llevó bigote, sombrero hongo, gabán y guantes y así se presenta en las plazas toda su vida ante el asombro y las cuchufletas de la afición, que habían de neutralizarse con desplantes.